

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 22 Abril 1915.

Número 16.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Como *La Publicidad* de Barcelona no cambia con *EL MOTÍN*, no me he enterado hasta que el semanario *Los Miserables* lo ha reproducido en su número del 14 del actual, de un artículo que su actual director, el diputado á Cortes por Tortosa, don Marcelino Domingo, ha publicado, y que merece ser conocido por los republicanos de toda España. Para contribuir á que así sea, lo inserto á continuación:

Reconquista

«El resultado de las últimas elecciones en Barcelona obliga á los republicanos á detenerse en su camino. ¿Puede seguirse así?

¿Debe seguirse así? La coalición que en muchos puntos de Cataluña ha constituido un triunfo de las izquierdas, en Barcelona ha producido un doloroso, un aleccionador fracaso, ¿por qué?

El caso de Barcelona, ha de estudiarse siempre como caso aparte, especial, separado de todos los demás. Puede debilitarse la fuerza liberal, republicana, en otras partes de España. Y el hecho pasará inadvertido, no tendrá influencia en la política general del país. Se debilita esta fuerza en Barcelona, se pierde esta fuerza en Barcelona, y el efecto es otro. Barcelona,—lo hemos escrito otras veces—en el mapa espiritual de España, significa libertad. Y no sólo para la política de Barcelona, sino para la política de España, tiene una trascendencia, ha tenido una trascendencia incalculable el que la mayoría parlamentaria, haya dejado de ser republicana para ser regionalista.

Y más aún, el que amanece con ser toda regionalista, sin la aportación de una sola figura republicana. Cataluña mira á Barcelona, para andar. España, para andar, mira á Cataluña.

Ha llegado un momento—cuando comenzaban á perderse votos republicanos en Barcelona—que el convencimiento de una parte de los republicanos era este: «haciendo la unión, estos votos volverán. No sólo volverán estos votos, sino que se sumarán otros, retraídos hoy por la división republicana. Este noble deseo no ha sido una realidad. Al contrario. Se hizo la unión. Corominas y Lerroux, deponiendo viejos odios, se dieron la mano. Y el resultado fué contrario en absoluto á las esperanzas. En las elecciones de diputados á Cortes del 20 de Mayo de 1910, los radicales obtenían 31 031 votos, y los republicanos de la izquierda 23 828. Vienen las elecciones de 8 de Marzo de 1914, hecha ya la unión, unidos ya radicales y nacionalistas, y Giner de los Ríos, que es el que obtiene mayor número de sufragios, sale por 23 446 votos: es decir, 400 votos menos que los que obtuvieron en 1910 los nacionalistas solos; 7 000 votos menos que los que obtuvieron en 1910 los radicales solos; 31 413 votos menos que los que pudieron tener en 1910 los radicales y nacionalistas juntos.

Después de las elecciones de 8 de Marzo de 1914 se alegó como causa del fracaso la forma de la unión, la forma en que la unión republicana se hizo: rápidamente, sin preparación, pocos días antes de las elecciones. Esta causa no podía alegarse ahora. De las elecciones del 8 de Marzo de 1914 á las de ahora ha corrido un año. En este año la unión se ha consolidado. Ha estallado la guerra europea que habría de haber encendido á las izquierdas, decidiéndolas á manifestar su protesta contra el Gobierno español y su simpatía por la causa de los ejércitos aliados. Ha llegado esta elección de ahora, sin la reserva, sin la protesta de un solo grupo republicano. Y ¿cuál ha sido el resultado? ¿Aumento de votos? No. ¿Los mismos votos que se obtuvieron en 1910? No. ¿Mayor número de votos que se obtuvieron en 1914? No. Menos. Menos. En las elecciones de diputados provinciales de 11 de Marzo de 1911, los radicales obtuvieron en el distrito

segundo, 11.145 votos; los republicanos de la izquierda, 10 376. Ahora, unidos, se han logrado 9.000 votos; mil votos menos que los nacionalistas solos; dos mil votos menos que los radicales solos. En el distrito tercero, en las mismas elecciones de 1911, los radicales obtuvieron 8.126 votos; los republicanos de la izquierda, 8 078. Ahora, unidos, se han logrado 6.000 votos: dos mil votos menos que los nacionalistas solos; dos mil votos menos que los radicales solos.

Y no sólo es pérdida de votos, marcha de votos, retraimiento de votos. No. Es algo más grave, más doloroso. Es falta de entusiasmo en los que aún se deciden á votar; en los que aún votan; en los que aún creen. En 1909, en 1910, en 1911, un cuerpo de interventores republicanos sometía á una exquisita fiscalización á cada votante; le hacía cien preguntas antes de permitirle votar. Y no era este examen otra cosa que fe, que entusiasmo, que deseo de triunfar. Estas elecciones y las elecciones de 1914 no dieron este espectáculo. El elector podía llegar impunemente sin miedo á que le pidieran la cédula. Los interventores republicanos limitábanse á poner una cruz en la lista del censo y á escribir en el impreso el nombre del votante. Nada más. Y no era del mismo modo, este desvío otra cosa que falta de fe, falta de entusiasmo, completa indiferencia por el triunfo, por el fracaso.

¿Puede seguirse así? ¿Debe seguirse así? ¿Puede seguirse cruzado de brazos esperando otra tentativa de la coalición? ¿Debe seguir así hasta que venga Noviembre y en las elecciones municipales se lleven las derechas todos los puestos de mayoría? ¿Puede seguirse, frente á la guerra europea, ante la obra ruinosa del Gobierno, viendo cómo las izquierdas, que han de tener en Barcelona su más alta representación, pierden en Barcelona toda su fuerza, todo su crédito? No. No.

Por culpa de los hombres de la coalición ó por desconfianza en los principios y en los procedimientos de la coalición, ó por causas que ni están en los hombres ni en las ideas de la coalición—por causas tal vez ajenas á todos, pero que determinan una situación política—la coalición no arrastra á la lucha, no lleva á la calle á los republicanos de Barcelo-

na. Este es el hecho. Hay en Barcelona metidos en su casa, apartados de toda actuación política más de 30 mil republicanos. Más número de republicanos de los que hubo nunca en el partido radical. Más número de los que tuvo nunca la izquierda catalana. ¿Por qué han huído de la lucha estos hombres? ¿Por qué se han negado á intervenir en estos momentos en que la intervención constituye uno de los más sagrados deberes de los hombres liberales? ¿Por qué no votan la candidatura de coalición republicana esos treinta mil republicanos?

Nosotros no nos resignamos á dolernos de este quebranto; á convertir en jeremiadas lo que habrían de ser en este momento histórico truenos, protestas y rebeldías. Nosotros no nos avenimos á ver cómo Barcelona va cayendo en manos de las derechas; cómo Barcelona va perdiendo su significación republicana; cómo Barcelona va dejando de ser la esperanza y el acicate de los liberales españoles. No nos resignamos á esperar otro fracaso.

Hay que reconquistar para la obra republicana estos treinta mil hombres descontentos, desengañados, sin fe, sin entusiasmo. Hay que descubrir la causa de su descontento y decidirlos á convertir este descontento pasivo, pesimista, en un descontento activo de renovación. Hay que sacarlos de su casa para traerlos nuevamente á la calle. Para dar nuevamente á las calles de Barcelona, á Barcelona, su alma liberal.

¿Falta propaganda para esta reconquista? Haremos esta propaganda todas las horas, todos los días. ¿Falta la garantía de una obra positiva? Haremos esta obra. ¿Se necesita para que estos hombres retraídos se decidan á abrir los ojos y á seguir, que no puedan echar pellas de barro sobre las figuras que se levantan á hablarles? Nosotros buscaremos hombres que ofrezcan como signo de respeto el ejemplo de su vida. Todo, todo, todo. Todo menos tolerar que vayan saliendo de su casa para apoderarse del Parlamento, de la Diputación, del Ayuntamiento, los hombres de la Lliga, los carlistas, los viejos caciques, los representantes de la Defensa Social. Todo, menos ver cruzados de brazos, cómo van abandonando sus puestos de lucha, cómo van apartándose de la política millares y millares de hombres que son nuestros, que piensan como nosotros... Todo, menos consentir que sigan triunfando los peores... Todo, menos pasar por la humillación de ser gobernados por unos partidos inferiores, en todos órdenes, al partido republicano.

MARCELINO DOMINGO

El artículo es claro, preciso, y la

situación que en él se pinta exige inmediato remedio.

Los treinta mil retraídos en Barcelona prueban, por el hecho mismo de haberse retraído, que son republicanos de veras.

Marcelino Domingo dice que buscará, para unirlos á todos, hombres que les ofrezcan como signo de respeto el ejemplo de su vida. ¿A qué aguarda?

Mi objeto principal (lo he dicho varias veces) al proponer la reorganización por provincias, es ese: que surjan figuras que eclipsen y anulen, reemplazándolas con ventaja en todo, á la mayoría de las que hoy predominan.

¿Por qué no toma la iniciativa Barcelona, segura de que la imitarían todas las provincias de España?

Una población que cuenta con treinta mil republicanos fuera de la lucha activa, tiene, no el derecho, el deber de adelantarse á las demás en todo aquello que contribuir pueda á reconquistar lo que el republicanismo ha perdido: cohesión, fuerza; esto es, lo que le permitía ofrecerse como una garantía política y una esperanza nacional.

Cumpla ese deber Barcelona, y salvará al partido.

La opinión subterránea

No sé si ocurrirá en los demás partidos lo que en el republicano: que hay una porción de eminentes desconocidos, dedicados á dar su opinión cuando nadie se la pide, bien anónimamente, bien bajo unas firmas incotizables en la Bolsa de Servicios Prestados. Aconsejan, censuran, zahieren, insultan, y envanecidos (esto lo supongo) de haber salvado al republicanismo con aquella su intervención subterránea, vuelven á sumergirse en el charco de su propia insignificancia. ¡Apreciables correligionarios del subsuelo! Yo admiro vuestra labor de ratas de alcantarilla.

Con motivo de lo que dije hace unos números, de que algunos concejales republicanos han imitado á los monárquicos en lo de mejorar de posición económica, se me arranca un ciudadano de Barcelona, que firma con las iniciales M. V., con una carta notablemente grosera, en la que, lo más suave que me dice es esto: «Todas esas calumnias que usted inventa, es por no haber logrado ser concejal para robar á mansalva.»

¡Vaya unas despachaderas las del amigo! ¿Si habrá sido concejal y se defenderá por tabla, ó aspirará á serlo y se curará en salud?

Otro, un poco mejor educado, me

escribe, desde Barcelona también, (este con su nombre, que no estamos por si hubiere varios del mismo y les diera por venirse con reclamaciones), advirtiéndome que son pocos relativamente los republicanos que se han aprovechado del cargo.

Efectivamente, son pocos; pero convengamos en que se han bastado y sobrado para desacreditarnos ante la opinión. Porque es lo que ésta se dice:

«Si hoy que por estar en la oposición deberían los republicanos no dar pretexto á que se dudase de ninguno, se pasan varios tan descaradamente la mano por la cara, ¿qué no harían si la República se estableciera y las facilidades para deshonorarse fuesen mayores?»

Y se explica que la opinión piense así.

Si Fulano no tenía una peseta antes de ser concejal, y á los pocos meses alardea de sortijas de brillantes, ¿puede acusarse de mal pensado ó de difamador al que diga que ha explotado el cargo? No; quien lo acusa, quien lo difama, son aquellos brillantes que destellan suciedad; aquellos trajes manchados antes de salir de la sastrería; aquella mudanza de vida tan completa como repentina.

Y lo mismo digo del diputado que, sin medios de fortuna al jurar el cargo, mejora de posición inopinadamente. Y lo mismo del jefe. Todo político que vive en grande sin saberse de qué, vive de mala manera y burlándose de la candidez de los que de él se fiaron.

Con que quedemos en que reconozco y proclamo que son pocos los republicanos olvidados de su deber; ¡no faltaría ya más sino que fuesen todos!; pero que esos pocos han esparcido densas sombras de descrédito sobre el republicanismo.

CONTRA MI MATRIMONIO

La vista en las Salesas

Empecemos por decir que el título popular del tribunal vino como anillo al dedo: las Salesas reales llámase á la Audiencia, instalada en lo que fuera convento de aquellas linajudas monjas que saturaron paredes y techos con el hálito de sus frecuentemente torturados espíritus.

Respirase allá el aire aquel monástico sui generis, de monjas hechas por fuerza del depotismo familiar á las veces, ó á las veces hechas por la fatalidad del desengaño; las menos, por la vocación despertada en la doncella por un zorro fraile que no pudiendo haber en más holgado nido á la paloma, la atraía á la jaula con el espejuelo de la mística; todas ellas alternando con una que otra duquesa repudiada del marido, ó con tal cual que iba á esconder allá el rostro huyendo de la vergüenza pública, amén de las ilustres fregonas y barrenderas que con su voto de servicio perpetuo hacían posible el de perpetuo señorío de las otras.

¡Lo que aquellas paredes vieron y oyeron!

Los anhelos que salieron por aquellas ventanas; las luchas intestinas de comunidad, los amores sobreentendidos, las tempestades que en aquellos femeninos cráneos estallaron; y sobre todo ¡desdichadas! los suplicios que las infligía la profesión de castidad, en lucha con la juvenil, bien nutrida y siempre indómita naturaleza, rebelde a toda ficción hipocrita y a toda tiranía...

Así iba cruzando pasillos y claustros el día doce de este gracioso año por *barla* llamado de gracia, hasta llegar a la sala que dicen segunda, donde iba a celebrarse la vista.

Partida en dos la pieza por una valla de madera: el estrado allá, con arte catedrático, y acá, el sitio para el público, que ¡ay! me recordaba las salas aquéllas de otros países, en las cuales el pueblo parece ser el señor verdadero y el verdadero pagano de la fiesta.

Menos mal que había dos bancos, semejantes a banquillos de los en uso para los acusados criminales. Tal era el sitio del donoso pueblo español, que cada día se me hace más delicioso y humorístico.

Tratábase, (según decía un papel ó papelete que estaba de roto y mal tratado) puesto en una tabla á guisa de anuncio y á la derecha de la puerta, de un pleito que diz que sigue el ministerio fiscal para demostrar la nulidad de mi matrimonio con mi mujer y la indisolubilidad de mi matrimonio con la Iglesia, que en este caso se hace rival (1).

Mi mujer, cada día más adorable, quería haber asistido á oír las pestes que de esta pudiesen decirse. Mas, estaba en casa una amiga que por ser andaluza de sangre y de humor, no tiene afición á espectáculos fúnebres.

Cuatro ó cinco docenas de oyentes fueron, entre los cuales tuve el honor de contarme.

El Tribunal, compuesto de tres magistrados, tenía todo el aspecto de respetabilidad apetecible: el lugar del fiscal (que, como mi mujer, se vió impedido de asistir al acto) ocupólo un señor muy simpático, agraciado, con ángeles, que decía; y habiendo de ser él precisamente *l'enfant terrible*, acordábase de la máxima de la Inquisición que exigía en sus oficiales y más en los principales, el buen físico, la suave voz, el decir meloso y la dulce maña, que desmintieran con el flujo del agrado y simpatía personal, lo horroroso que dicen que había en el oficio.

Bis á bis del fiscal los señores letrados, y el mío, Excmo. Licenciado Sr. D. Eduardo Barriobero Herrán, —dicho sea así con todas las de la ley, pues con toda su toga y birrete, igual que los demás funcionarios, estaba allí de aquel modo, y no sin razón, pues á fuer de cronista imparcial debo confesar me parecía necesaria la majestad de la toga en la Defensa, cuando tan togada acudía la Demanda Fiscal. Si, señores; eso de la toga, semejante á la sotana en la forma y en la virtualidad, sin yo querer me traía á la imaginación lo que fuera de un Tribunal cuyos oficiales anduviesen en paños menores, supongamos, ó con blusa y alpargatas...

Así fueran ellos más sabios que Salomón y más justos que Solón y más discretos que Sancio Panza cuando le tocó la vez, digo que la fantasía no sabría satisfacerse. Y aún creo y que debiera añadirse á la toga el manto, en vez de la valoncilla que le adorna; pues siendo la toga uniforme de la Justicia y la moqueta símbolo de la Sabiduría y ambas á estilo romano, debiera recordarse que el manto era el uniforme del magistrado del Imperio, y el más solemne y angustioso del arte indumentario de aquel olimpo de las bellas artes.

Va ve, pues, el lector, si vale la pena de pasar lo que pasó y lo que falta por pasar, á trueque de ver á mi Excmo. Sr. Licenciado Barriobero en tal guisa y en tal solemnidad...

Y ahí está su discurso.

Mas antes de entrar en materia, me pre-

(1). En razón á esto, San Jerónimo llama *adulterio* al sacerdote que está con mujer, por engañar á su esposa legítima la Iglesia. Otros lugares cismáticos lo llaman *legítimo* por este concepto.

gunté: siendo la Iglesia la esposa mística que se opone á mi matrimonio, ¿dónde está?

La busqué por toda la sala, y no la vi. Pregunté, y nada me respondieron. Ni un delegado de la Santa Sede. ¿cuya jurisdicción directa pertenezco catónicamente (pues, aun esto, caro lector, como lo oyes... yo soy súbdito del Papa por decreto especial), ni un obispo, ni un canónigo, ni una sotana, ni un fraile, ni siquiera una monja...

Y acordéme del pasaje de Jesús, después de perdido en el templo, que dijo á sus padres respondiendo á su reproche: «¿Dónde se ventilan las cosas de mi Padre, allí debo estar yo». Pues, en nuestro caso, ventílanse un pleito de divorcio con la Iglesia, ¿dónde estaba ésta?

No lo achaques, lector, á abandono de las autoridades eclesiásticas: si hubiesen hecho falta, allí habrían estado ¡gestán en tantas partes donde no hacen falta! Ni menos debes achacarlo á temor de presentarse al público en tal demanda, pues en la misma ausencia por tal motivo, quedaría confesado el impudor de la causa. Y así, piadoso lector, discurre conmigo que no estaban allí las autoridades de la Iglesia, por hallarse ésta colmadamente representada en el tribunal. Los jueces son católicos—según me dicen—y siendo católicos, la Iglesia está dentro de ellos como ellos están dentro de la Iglesia consustancial é idénticamente.

¿Pleito con la Iglesia—dirás—y son jueces los eclesiásticos, en el lato sentido de la palabra? (1)

Si, señor; así es. No por virtud del principio de derecho *nadie es juez de su propia causa*, sino por vicio de la Constitución española, que ¡la pobre! nació contrahecha del seno de su madre, con una giba por delante, ó sea el art. 11, y otra giba por detrás, la *libertad de conciencia*, por cuya gracia el ciudadano católico, y como tal sometido de jure, de voluntad y de conciencia á la Iglesia, está capacitado para juzgar al que pleitea con la Iglesia, y que de antemano está prejuzgado por la fe del juez, á quien el dogma le manda afirmar, sostener y defender siempre y doquiera que la *libertad de conciencia está condenada* y que no es católico quien la defiende como derecho político.

Y en los casos de esta índole, el católico fiel está obligado á creer que «las causas matrimoniales y de esponsales, por su naturaleza competen al tribunal eclesiástico» (2) que «á su autoridad compete resolver todo cuanto á peticiones matrimoniales se refiere, de cualquier modo que sea» y que «el matrimonio civil, aunque sea según las leyes, no es más que un torpe y criminoso concubinato» (3).

Tal es, pues, la conciencia católica ante la cual se presenta mi pleito.

Y pues aquí estamos, y el espacio restante es corto, y el discurso de mi excelentísimo letrado es largo, y más corto fué el del simpático Sr. Vera, á él vamos.

Breve de términos, sustancioso de fondo y galano de forma, me recordó las disertaciones escolásticas y aquellos argumentos silogísticos de las antiguas academias, y que vamos á ensayar aquí como si estuviésemos en los mejores tiempos del *Barbara colarent*. Vino á decir:

1. *Mayor*.—«El Concilio de Trento pro-

hibe á los ordenados de mayores el casarse. 2. *Menor*.—Es así que el demandado fué ordenado de mayores.

3. *Consecuencia*.—Luego le está prohibido casarse.

4. *Probat*. *mayor*.—El Concilio, sesión 23, cap. 4.º (4) dice:

(1) *Eclesiástico* (adj. derivado de *Eclesia* perteneciente á la Iglesia).

(2) Breve *Apostólico* Ministesía, de 22 Agosto 1851.

(3) Alocución pontificia 27 Septiembre 1853, enseñada como fundamental en la Teología que sirve de texto oficial en los seminarios.

(4) Texto del Canon. (Ses. 24 con 9). «Si alguno dijese que el constituido en órdenes sagrados, ó los religiosos de voto solemne, pueden contraer matrimonio, ó que es válido el contrario, no obstante la ley eclesiástica y el voto, sea anatema».

«Si alguno dijere que el ordenado de mayores puede casarse... sea anatema.

5. *Prob. menor*.—Nadie lo ha discentido.

6. *Subsumpta*.—Es así que el Concilio de Trento es ley del reino.

7. *Luego*...

aquí falló la consecuencia. Porque la consecuencia matemática del silogismo es esta: «Luego *son anatema* todos los que dicen que el matrimonio es válido.

Y desde *ese anatema*, á que el *matrimonio sea nulo*, media un salto de muchas leguas.

La frase *sea anatema*, significa «*sea echado de la Iglesia*», ni más, ni menos ni más. Luego, lo más que se prueba con tales textos: es que *siendo el canon de Trento ley del reino, y prohibiendo aquél bajo pena de anatema de cir que pueden casarse los ordenados*, el que lo dijese ó casase... queda fuera de la Iglesia oficial del Estado.

Mas claro ni es agua.

Por todo lo cual, carísimo lector, nos llamamos ya en un laberinto de difícil salida: pues el propio Ministerio fiscal que aplica y hace efectiva sobre mí la excomunión de Trento, se la aplica igualmente al Código civil que declara *matrimonio legal* al civil celebrado sin intervención de la Iglesia, á los autores del Código y á sus defensores.

Y ahora digo yo: ¿será posible entender este galimatías? ¿Podremos saber cuándo rigen en España los cánones ó las leyes que las contradicen?

¿Estamos en Trento ó en Madrid?

Lo dicho, caro lector: estamos en una sala de las Salas Reales, y en plena misteriosidad claustral.

S. P. O.

Las esencias clericales

Con ese título publica *El Liberal* del viernes un razonado y contundente artículo, demostrando el predominio del clericalismo en España aun cuando nieguen que exista muchos políticos que pasan por liberales. Allá van algunos de sus párrafos:

«La realidad, que está por cima de todas las argucias y de todos los sofismas, nos brinda estos días, en menos de cuarenta horas, dos hechos tristísimos, vergonzosos, de esos que ponen frío en el alma y rojizos colores en el rostro.

Al siguiente día de relatar la Prensa el caso de Pey Ordeix, á quien la Curia romana, fomentando con apasionado entusiasmo el fanatismo é intransigencia del espíritu de nuestros ultramontanos, quieren condenar á pena de perpetua barraganía, el telégrafo nos anuncia la sacrilega profanación del cementerio civil del Ferrol.

En la simpática y cultísima ciudad gallega, las gentes liberales habían erigido un panteón para guardar en él los mortales restos de aquél preclaro espíritu que en los días de la revolución luchó sin tregua ni descanso por la causa de las libertades, el diputado de las Constituyentes, D. Francisco Suárez.

El pueblo de Ferrol, queriendo rendir el debido homenaje al insigne patricio, so preparaba á trasladar solemnemente las cenizas del gran democrata. El Ayuntamiento

en pleno debía asistir á la ceremonia. El mal tiempo hizo que ésta se aplazase.

Y anteayer, cobarde, villana, sacrilegamente, cobijados en la obscuridad de la noche, unos desalmados, sin corazón ni conciencia, movidos por un bestial é inhumano sentimiento fanático, penetraron en el cementerio civil y destrozaron el panteón que habia de servir de morada á las cenizas de un hombre bueno y justo.

Esta intransigencia horrible que no respeta ni la tierra sagrada en que descansan los despojos mortales de hermanos nuestros, es la esencia viva del clericalismo, que ante la idea de que la paz reine en el alma del pueblo, ungida por la sublime virtud de la intolerancia, todo lo atropella y todo lo degrada.

Esclavizar el espíritu mientras viven los hombres, profanando su hogar y su conciencia, escarnecer los despojos de su carne, después de muertos, es la suprema ambición del clericalismo español. Por humana dignidad y por bien de España es ineludible obligación en todos los que en algo se estimen, tuchar sin tregua ni descanso para volatilizar las esencias de este clericalismo. Y hasta conseguirlo no se podrá hacer obra de paz en este pueblo olvidado de los dioses y abandonado por los hombres.

Difícilmente habrá en España quien haya leído todo eso con más gusto que yo.

Mi aplauso más estusiasta al autor del artículo.

¿También él?

Desde que operaron á Cavia, el Sr. Pérez Galdós le envía diariamente una tarjeta.

En la del martes último escribí de su puño y letra:

«¡Honor al gran Cavia, á Castilla y Aragón... y á la Virgen del Pilar!»

Tomé la pluma al leer eso y escribí tres cuartillas.

Al repasarlas, las rompí. Los hombres que han hecho la labor de Galdós, merecen respeto hasta en sus distracciones.

Y al acabar de romperlas enjareté esta redondilla:

Si es broma puede pasar,
mas á ese extremo llevada,
Electra queda anulada
por la Virgen del Pilar.

La lámina de hoy

A lo largo de la calle donde está situado uno de esos templos en que se entra por invitación, vense para-

dos multitud de coches y automóviles.

Elegantes damas y flamantes caballeros se afanan por salvar el dintel del edificio donde se adora al que vino á tender la mano á los caídos.

Una infeliz mujer, viuda de un obrero que murió tísico ocho días antes, pretende entrar á la vez, para pedirle al que amaba á los niños que no olvide á sus dos hijos desamparados.

Un señorito de sexo dudoso, miembro de la Cofradía que paga la fleta religiosa, le impide el paso.

Ella le mira asombrada y se retira sollozando y diciéndose:

«¡Y yo que creía que aquí al menos éramos todos iguales! Pobres hijos míos!»

SONETO

Diferencias de vida.

Jugué, fumé y bebí á lo crapuloso;
fui ignorante, holgazán y pendenciero,
granuja, estafador, mal compañero,
mal padre, hijo cruel y ruin esposo;
tirano, ex botador y mentiroso,
hipócrita, servil, sátiro y fiero,
mas fui siempre sumiso con el clero
y á los ricos traté respetuoso.

Hoy que tanto defecto he desterrado
de mí ser, y que sólo me dedico
á censurar al pido y al malvado,
el clero me excomulga y me odia el rico.
¡Era cuando canalla respetado,
y hoy me tratan de loco y de borrico!

ANTONIO PINÉS NÚÑEZ

Otra equivocación

Leo en *La Correspondencia de España*:

«La gran custodia que en la noche del 16 al 17 del mes próximo (festividad de San Pascual Bailón) inaugurará la Adoración nocturna en la santa iglesia Catedral de Madrid, será grandiosa.

Han contribuido para esta joya más de 6 000 donantes.

He aquí algunos detalles que acerca de tan valiosa alhaja publica el Boletín de dicha Asociación.

La recaudación en metálico asciende á más de 47.500 pesetas; aun descontando las 13.230 en oro fundidas y 1.430 que se fundieron el 22 del pasado mes, queda margen para todos los gastos; pasan de miles las piedras preciosas con que irá enriquecida la custodia, y sólo habrá que comprar algunas esmeraldas; el oro obtenido en las alhajas y monedas fundidas excede de once kilos y medio, y la plata pasa de veinticinco kilos, por haber recibido á última hora todo el servicio de mesa de una ilustre casa. Adornarán la custodia

noventa brillantes y seis hermosas perlas.»

¡Pero qué preocupación se me ha quitado de eneima!

Desde que supe que la Adoración nocturna andaba reuniendo fondos para fabricar una gran custodia, no dormía ni sosegaba pensando en que pudiera no reunir los necesarios.

Yo me decía:

«Con tanta hambre como hay, y tantos desventurados sin albergue, y tantos enfermos sin hospital, y tantas madres anémicas y tantos niños inánimes, las personas caritativas se retraerán de contribuir á la construcción de esa custodia, por atender preferentemente á remediar esas terribles cuanto perentorias necesidades; baza mayor quita menor.»

Me he equivocado, como siempre que pienso optimistamente, pues la custodia se ha construido.

Por cierto que al día siguiente de leer esa noticia, me enteré de que un niño había muerto de hambre, y no sé cómo diablos se me ocurrió que la piedra menor de las que adornan la custodia de autos podía haber evitado su muerte.

Tendré que ir pensando en romper la pluma, si continúo mezclando ideas tan contradictorias como la de la caridad cristiana y la vanidad católica. Acusa ya esto en mí un estado de debilidad cerebral rayana al idiotismo.

Y francamente, me molestaría que los demás se enterasen de que he sido toda mi vida un tonto que sólo he tenido talento para disimular que lo era. Es un secreto que quiero llevarme á la tumba.

Al margen de un proceso

En la Audiencia de Madrid hace pocos días un Jurado dictó veredicto de inculpabilidad á favor de dos niños procesados por robo, cometido en el propio domicilio de uno de los que la justicia apreció de lincuentes. El mayor cuenta doce años de edad, y mientras unos profesores de instrucción primaria y los peritos médicos informaron que «ninguno de los dos procesados tenía discernimiento suficiente para distinguir el bien del mal y, sobre todo, para apreciar las consecuencias de un hecho como el por ambos llevado á cabo», el comentarista de las «Notas forenses» de un popular diario de esta capital los califica «de niños precoces».

Precoz, según el Diccionario de la Lengua, es todo aquello que se manifiesta con anticipación y fuera del curso normal de las leyes de la Naturaleza. ¿Pueden ser precoces esos dos niños?... En el supuesto de que «su talento, entendimiento, organiza-

EL MOTÍN



(La explicación en la página cuatro.)

Ayuntamiento de Madrid

ción, etc.» háyanse manifestado con anticipación, indudablemente, sí. Mas el informe de los peritos médicos y de los profesores de instrucción primaria de que se ha hecho méritos, no estima precocidad al declarar que «ninguno de los dos procesados tenía discernimiento suficiente para distinguir el bien del mal y, sobre todo, para apreciar las consecuencias del hecho consumado»; es decir, que en ellos—lo repetiremos para robustecer del todo el argumento—no concurrió la circunstancia sobrenatural de *cometer el delito* con talento, entendimiento, organización, etc., manifestados anticipadamente; y por ende, el Jurado, oído el sobrio parecer de las defensas, entendió que no se trataba de un delito, sino simplemente de una seria travesura propia de muchachos mal educados, y abogó por su absolución é inculpabilidad.

Hizo bien. La condena, aplicada con el rigor de nuestro deficiente Código penal, hubiese sido un crimen mayúsculo. Ni siquiera, por humanidad y buen sentido práctico, tenía que llegarse al procesamiento de esas dos desdichadas criaturas, colocadas, como muchísimas otras, al borde de la pendiente, y por la cual, si nadie se presta a evitarlo, deslizaránse traviesos y temibles, hasta llegar, cuando tengan discernimiento, cuando sabrán apreciar las consecuencias de sus fechorías, á ser delincuentes de verdad. Entonces, como ahora, no distinguirán tampoco el bien del mal, que lo que es «bien» no habrán de aprenderlo, y lo que es «mal» lo conceptuarán como cosa corriente, porque en ellos habrá convivido este sentimiento adusto...

—¿Qué hacer con él?—ha interrogado á los jueces el padre de uno de los chicos y víctima y denunciador del robo... Háblale molido á palos, sométidole á duros castigos... ¡Inútil! ¡Era incorregible!

Y los jueces, quizá en un rasgo de sinceridad humana, sentirían compasión por ese padre que, con todo y ser agente de autoridad, no supo corregir á su pequeño hijo y le llevó á sentarse con su cómplice en el banco de los acusados tras un proceso que contribuyó á incoar sin reticencias... Mas, por encima de todo, está el Código penal, está el rutinismo ambiente, y era preciso condenar...

El rutinismo ha sido en nosotros siempre una especie de auto de fe, una conciencia casi, casi popular, una semi-indiferencia por todo cuanto significa repulsión. De momento, instintivamente repudiamos la maldad, la villanía; mas es muy cierto también que de momento é instintivamente volvemos la hoja y nos resignamos!... Es acaso una dolorosa modalidad de nuestra organización,

que con todos sus prejuicios religiosos, sujeta á convencionalismos rudos y sangrantes, no ha querido detenerse á estudiar el modo de hacer desaparecer las huellas que el desacato infantil al principio de autoridad, y el desafuero nefando, y la bestialidad de los espíritus corrompidos van señalando con trazos firmes en el campo donde, precisamente, pretendemos sembrar la semilla de la emancipación social para regenerar al país.

La filantropía sufre, los buenos propósitos se anegan en un mar de confusiones... Todo en la vida es un eterno gemir y blasfemar en lucha con el Destino loco invitándonos á los grandes desatinos. Y si esto es así—¡desgraciadamente lo es!—¿qué les queda á las almas santas?

¡Amarga interrogación, cuajada de ironías en fuerza de ser esclava de un intenso desnivel moral!

PEDRO ROSELLÓ-ORFILA

Madrid.

Súplica inoportuna

Encuentro el siguiente párrafo en un diario de Barcelona del día 9:

«Ayer por la mañana fué solemnemente entregado al señor obispo el mensaje que la ciudad de Barcelona eleva al prelado para rogarle que suplique á la Santa Sede sea restablecida como fiesta de precepto, la de la gloriosa de Barcelona, la Santísima Virgen de la Merced; súplica formulada en acción de gracias á la patrona de la ciudad por haber desaparecido la reciente epidemia.»

Estas cosas de la religión me vuelven tarumba por completo. Cada día las entiendo menos.

Aparece y se desarrolla prodigiosamente el tifus en Barcelona.

Mata á diestro y siniestro, si bien dando la prueba de buen gusto de cebarse más en las gentes de alta posición que en las humildes; lo cual les vino muy bien á los curas, porque eche usted entierros y funerales y misas y mandas por todo lo alto.

Se va el tifus cuando se cansa de matar ó porque las medidas higiénicas lo espantan.

Y ahora piden unos cuantos barceloneses que se declare fiesta de precepto la de la Virgen de la Merced, por haber desaparecido la epidemia.

No necesito esforzarme mucho para convencer á mis lectores de que no me preocupa el asunto; tengo otros más serios de qué pensar.

Pero, la verdad, creo que han debido elegir otro momento, ó buscar otro pretexto para formular la súplica.

Pedir á tiempo dió siempre mejor resultado que pedir con justicia.

Buenos deseos

Como las rogativas acordadas por el Padre común de los fieles para que la guerra termine no han dado resultado alguno, ha compuesto ahora Su Santidad una oración llamada de la Paz, concediendo 300 días de indulgencia por cada vez que se recite, é indulgencia plenaria si se reza veinte veces.

Celebraría con toda el alma que la oración surtiese mejor efecto que las rogativas, y cuanto antes mejor; pero me da el corazón que si la paz no viene por otro camino, va á tardar un poquito en llegar.

Esto suponiendo que los fieles no hagan lo que Sancho cuando don Quijote le rogó que se azotase para desencantar á Dulcinea; pues en este caso... tampoco vendrá la paz.

Lo que no acabo de entender es esto:

Nada ocurre sin permiso divina, y Dios sabe siempre lo que más nos conviene.

Al pedirle que acabe la guerra, se olvidan que los fieles de aquello que le dicen en el padrenuestro: «y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

¿Habrá un alma caritativa que me aclare esta duda, no teológicamente, sino razonablemente?

Juro, si lo consigue, rezar veinte veces cada noche esa oración, no por ganar la indulgencia plenaria, que de nada me serviría hallándome condenado en vida, sino por contribuir en una pequeña parte á que la guerra termine.

Venciendo los aliados, por supuesto.

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

El 41 «prohibe todo convenio en punto de la Misa; y el 42 toda venta de cosas pertenecientes á la Iglesia.»

Por el primer canon se viene en conocimiento de que en el precio de las misas intervenía el regateo; y por el segundo, que los clérigos chalaneaban con las cosas sagradas, costumbre, que á decir verdad, no se ha extinguido aún. Si hoy se celebraran Concilios para reformar las costumbres del clero, tendría alguno que reproducir esos dos cánones.

El 43. «no quiere se reciban derechos por bautizar ó enterrar. Lo mismo dispone el 44 en cuanto á las fiestas.»

¡Benditos tiempos aquellos en que la cristiana criatura podía venir á

este valle de lágrimas y abandonarlo, sin que hiriera su oído la terrorífica frase, derechos de Arancel! Por que si bien había diligentes sacerdotes que los cobraban, á lo mejor un Concilio les salía al paso prohibiéndoselo, mientras que hoy sería demandado ante los tribunales el prójimo que se negase á satisfacerlos.

El 47. «resuelve que el Sacerdote que note en las comidas canónicas que algún Eclesiástico bebe con exceso, le reprenda de ello, y se retire si no le escucha, para dar parte al Arcediano, quien deberá imponer al culpado siete días de penitencia; y si el Sacerdote no se retira en semejantes casos, se le declarará por suspenso, é impondrá la penitencia de cuarenta días. El siguiente Cánón pronuncia la pena de deposición contra los Sacerdotes que se embriagan.»

Muchos *curdeles* debía haber entonces en el sacerdocio, cuando el Concilio tuvo que amenazarles con castigos tan severos. Se conoce que en aquellas comidas canónicas se ponían algunos comensales al diapason que se ponen hoy los seglares que van los domingos á comer callos picantes en los merenderos de la Fuente de la Teja.

El 55. «parece que permite á los Sacerdotes bigamos ejercer sus funciones si sus mugeres consienten en separarse de ellos.»

¿Con que á pares? ¿Si algunos clérigos de nuestros días echarán de menos por esto los primeros siglos del cristianismo? Realmente era una ganga aquello de casarse no una, sino hasta dos veces, sin incurrir en pena alguna, si las señoras se avenían á separarse de su cónyuge; cónyuge que quizás estuviera deseando perderlas de vista.

El 56. «manda se deponga al Sacerdote concubinario.»

Me parece un poco fuerte el castigo, comparado con la relativa benignidad que se tenía con los sacerdotes bigamos; pero como mi objeto no es censurar las decisiones de los Concilios, sino exponerlas, prosigo.

El 58. «que un Clérigo convicto de robo, sea depuesto y privado de sus bienes, y no teniéndolos sea vendido.»

¡Vender clérigos! Nunca lo había oído, pero cuando ese Cánón lo dice... Lo que dudo es que hubiera quien los comprase, sabiendo que los vendían por haberse apoderado de lo ajeno. Aunque vaya usted á saber si esa circunstancia no hacía entrar en ganas de adquirirlos, para utilizar sus servicios, á los panade-

ros, pescaderos y carniceros de entonces, si eran tan desaprensivos como los de ahora en sus relaciones con el séptimo mandamiento.

El 59. «prohíbe á los Clérigos tener taberna, y ejercer la usura; y manda que los que beben en estas tabernas sin una verdadera necesidad sean depuestos siendo Clérigos, recusable su testimonio si son legos.»

¡Clérigos los taberneros!... ¡Clérigos los parroquianos!... Cualquiera entraba tranquilamente en una taberna de aquellas. Hizo perfectamente el Concilio prohibiendo á los tonsurados ejercer un oficio tan expuesto á percances desagradables, uno de ellos la mutua rotura del bautismo.

(Se continuará)

Razón en todo

¿Qué imaginan mis lectores que contestaría yo al que escribiera lo siguiente?

«Sed ricos é hipócritas; en vuestra última hora haced heredera universal de todos vuestros bienes á la Iglesia; confesaos y revelad todos vuestros secretos á un sacerdote, y todo os será perdonado; y tal vez mañana figure en el catálogo de los santos vuestro nombre aunque sean gravísimas vuestras faltas, si habéis tenido la suerte de cometerlas sin testigos y sin dejar rastro alguno de vuestro paso.»

¿Qué le contestaría? Que tenía mucha razón.

¿Y si después dijera esto?

«Convertíos en protectores de la humanidad, socorred al indigente, honrad á vuestros semejantes, sacrificaos, si el sacrificio humano cabe en la santidad, y vuestra muerte será la de un perro, la Iglesia se encargará de hacer odiosa vuestra memoria, y el infierno os recibirá en sus terribles hogueras, si decís que no creéis en la eficacia de las bulas, indulgencias y perdón de vuestras culpas por hombres que tal vez están llenos de pecados.»

¿Qué había de contestarle? Lo mismo. Que tenía razón también.

De ambos extremos estoy perfectamente convencido.

Mirando por el clero

Varias veces me pregunto:

¿Por qué ha de vivir el sacerdote católico á expensas del Estado, y no del producto de su trabajo espiritual, como del intelectual viven el abogado, el médico, el ingeniero, el arquitecto, etc.?

Cada vez que se les habla de eso á

los curas, echan furiosos al aire las extremidades posteriores, incurriendo en contradicción tremenda.

Si todos los habitantes de España son católicos, ¿qué temen? ¿O piensan que los dejarían morir de hambre?

Por otra parte, si el producto de los servicios espirituales no les bastare, ¿tenían más que aprender otro oficio para ayudarse? ¿Acaso no lo hizo el propio San Pablo, que, si no recuerdo mal, tejía telas? Sastres, zapateros, barberos... ¡Pues apenas hay donde elegir!

Y que no les faltaría trabajo, no. Alguien conozco yo que en el acto se haría parroquiano suyo, por tener el gusto de decir á uno, por ejemplo:—Si me afeitas bien, te encargaré una misa el año que viene.—Y á otro:—Como no me aprieten las botas y me duren dos años siquiera, te dejaré en mi testamento una manda de treinta reales para responsos.—Y á otro:—Como me saques bien el traje, te buscaré clientela entre mis amigos.—Y así sucesivamente.

Si; sería una honra para ellos ayudarse con un oficio decente, y un motivo de admiración para los fieles. ¡Un cura trabajando! Habría impío que no dudaría en adelante de los milagros sólo por este hecho. El primero yo.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas

Suma anterior . . . 7620'20

Jacinto Martín (Sevilla) . . .	0'50
Francisco Pellico (Madrid).	2'00
Baudilio Balart, 1'00.—Joaquín Armisen, 1'00.—José Coma, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—Juan Fusté, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Raimundo Rufandis, 1'00.—Antonio Solé, 1'00.—Carlos Barraceta, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00. Juan Camell, 0'50.—A. B., 0'50.—Armisto, 0'50.—José Bonet, 0'25.—Ángel Mira, 0'25. (Todos de Gracia (Barcelona)	12'00
Restituto Gallego, (Noreña-Berron)	6'25

Suma y sigue . . . 7640'95

Clericalismo en solfa

YO, HABLANDO DE MI

POR

José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja

La simonía

por

ROBERTO ROBERT

pañol Dámaso y el italiano Ursino.

Era en los primeros albores de la Iglesia, y repugna creer que en tan tierna edad se hubiese corrompido la casta esposa.

Por esto prefiero creer que lo de verificarse aquella elección por tan malos medios y con votos pagados, fué más bien celo de amigos laicos é indiscretos que codicia de eclesiásticos.

Es verdad que hablando de principios del siglo iv dice Cantú:

«Desde el momento en que las cosas del cielo se ponen en contacto con las cosas humanas, participan de la perversa naturaleza de éstas.»

Pero esta es herejía brutal, hija de una distracción del cronista del concilio ecuménico.

¿Por ventura se corrompe el cuerpo de Cristo, que es divino, al ponerse en contacto con la oblea que sirve para la misa y la comunión?

¿Corrómpese por ventura el óleo santo al tocar el cuerpo del pecador?

¿Participa de la perversa naturaleza del clérigo la divina eficacia de las sagradas órdenes?

Nequaquam.

Digo, pues, que Cantú quiere disculpar la corrupción de la Iglesia achacándola á la corrupción que lo humano deleznable influye en lo divino incorruptible, lo cual no puede ser; y que si no hubo más razón que ésta para que la Iglesia se pervirtiese, es claro que no se pervirtió nunca.

Y sobre todo, el que quiera sostener que en efecto la esposa mística llegó á malearse, que lo pruebe.

No basta que lo diga Cantú y lo apoyen cien historiadores: ¡datos, datos queremos y no dichos!

Dice el citado cronista, que apenas la Iglesia pasó de perseguida á dominadora, corrieron en tropel á ella los paganos codiciosos para tener garantizadas sus riquezas, participar de las de la Iglesia, que eran muchas, y entrar en el goce de los privilegios del sacerdocio, que eran eminentes.

«De lo cual, añade, se siguió que las costumbres de los cristianos se corrompieron y dentro de la nueva

religión comenzó la sociedad sus antiguos vicios.»

Esto no lo entiendo bien.

Llegar el cristianismo á su período de gloria; establecerse la Iglesia para acabar con los vicios de la sociedad pagana; acumular para este fin todas las fuerzas, tesoros y talentos sociales, y venirnos con que al cabo de siglos se reparó que subsistían los vicios de siempre, podré respetarlo á ratos como misterio; pero repito que no lo entiendo.

Y que la cosa anduvo mal, parece indudable.

¡Un chicuelo de diez años ser obispo de Todí! ¡Poseer Manases los obispados de Arlés, Milán, Mantua, Trento y Verona!

Momentos hay en que leyendo las historias profanas, un hombre bien religioso tiraría el libro al fuego, ya que no pudiese á su autor.

Hoy mismo he tenido un disgusto leyendo á Gaillardin, que refiriéndose al siglo x dice:

«La simonía renovada por las ambiciones feudales que dominaban á los obispos y en los monasterios (lobos en el redil); Roma, la madre de todas las Iglesias, manchada con los vicios de sus pontífices; la tiara á merced de las mujeres; ¡un Octaviano sentado en la silla de San Pedro!...»

¡Así se educa á la juventud! ¡Así se le enseña á respetar á pontífices, obispos y monasterios!...

Pero volvamos á las simonías, veamos dónde estuvieron, quién las vió jamás, y caiga de una vez deshecha en polvo esa fantasma de la supuesta corrupción de la Iglesia.

Pero, señor, dirá cualquier patán leyendo aislado el párrafo que acabamos de citar: «Si en el siglo x se renovó la simonía, ¿cuándo había empezado?»

Y no conviene excitar el discurso de los patanes.

¡Oh! pero...

En el siglo xi, los Papas nombrados por el influjo de los emperadores recorren toda Europa; reúnen en todas partes santos Concilios y dictan las más sanas disposiciones para el mejoramiento de las costumbres, para establecer el orden perturbado, para moralizar la conducta de los hombres.

Vamos á ver: ¿no da gusto leer un párrafo así?

¿Qué necesidad hay de añadirle cosa alguna, si lo que dice basta para fijarse exclusivamente en el celo,

actividad y buena intención de los pontífices del siglo xi?

Pero la malicia de los historiadores modernos no se contenta con esto; al contrario, para deslucirlo todo, pasa en seguida á averiguar qué género de corrupción padecían las costumbres, quién y de qué modo tenía perturbado el orden, y cuáles eran los hombres cuya inmoralidad fuese tan grande que requiriese toda la eficacia de Papas y Concilios.

Y salen luego con que lo que había que reprimir era la incontinen- cia del clero y el tráfico que hacía de las dignidades eclesiásticas; que la insubordinación consistía en el clero rebelde á la ley del celibato; que fué preciso destituir á muchos obispos simoníacos y concubenarios, y que por sustentar la simonía y el concubinato, el clero hizo guerra á muerte al Papa Gregorio VII, removiendo aquella encarnizada pugna las peores pasiones hasta en el fondo de las más escondidas aldeas.

Pero dicen: ¡simonía! y repiten: ¡simonía! generalmente sin citar dato alguno, y si alguno citan, ó es falso ó prueba lo contrario de lo que se proponen.

¡Cosas de ellos!

Quando citan por ejemplo, que á mediados del siglo xi un Papa de doce años compró por dinero el privilegio de sentarse en la silla llamada de San Pedro, mienten por mitad de la barba.

Cierto es que un niño de doce años fué elegido Papa y tomó el nombre de benedicto IX.

Cierto es que ese chiquillo, ó sea ese Sumo Pontífice, pertenecía á la opulenta casa de Toscana; así como es verdad que corrió la voz de que á las riquezas de esta familia habían dado sus votos los electores; pero conviene fijarse en que si fuesen ciertas esa compra y esa venta del sòlio pontificio, no la Iglesia, no los cardenales, no el niño Papa tuvieron la culpa, sino los parientes de éste, que seducirían á los electores; pues claro está que con el niño ninguno de éstos habría querido entrar en tratos; que no son bobos, y en materia de dinero y de cosas de iglesia anduvieron siempre muy sobre aviso.

En todo caso, Benedicto IX sólo podría ser culpable de haber vendido la dignidad pontificia á Gregorio VI; pero tenía la gran disculpa de que los romanos le habían arrojado del trono varias veces y estaba

(Continuará).

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID